

una mujer, sí, una mujer que ha ocupado ese sillón en que os sentais.

—Y bien?

—Yo creía que era una de esas viejas miserables que se interesaba por algún reo ó venía á contarme sus escrúpulos de conciencia; la recibí sin temor alguno, cuando se transformó repentinamente en un sér vigoroso de fuerte acento y de actitud amenazante.

Don Blasco plegó el ceño.

—Me ha arrancado una promesa con respecto al portugues que está en la Inquisición.

—Y cuál es?

—La de no juzgarle.

—Y cedisteis?

—Sus palabras estaban preñadas de reticencias que me asustaban, además, me ofreció entregarme al familiar del obispo de Valladolid, donde seguramente está la clave de este negocio.

—Y lo ha cumplido?

—Mirad, dijo el inquisidor mostrándole el papel que la bruja había dejado sobre la mesa.

—Demonio! exclamó don Blasco, esta letra la conozco!

—Estais seguro?

—Sí, muy seguro.

—Ved que podeis engañaros.

—La cotejaré.

—Temo que ya esteis envuelto en el hechizo.

—Seguid..... pero no, no puede ser, esa letra.....

—Lo dicho, pensó Núñez de Clavijero, este otro pájaro está en la misma red.

—Conque decíais?

—Que me prohibió aprehender á persona alguna de la familia donde se halla Pedraja.

—Esto pica en historia..... nada habeis alcanzado de los propósitos de la vieja?

—Nada, amigo mio.

—Es necesario pasar sobre todo, interrogar al portugues, y aprehender á todos los de esa casa; estoy seguro de averiguar cosas de sumo interes.

—Y las amenazas?

—No creais en ellas.

—Ved que las ha hecho en un tono que me horroriza.

—Veremos como se presentan las cosas.

—Don Blasco, no sabemos aún lo que arriesgamos.

—No importa, sabremos conjurar el peligro; extended la órden que necesito para proceder, y mañana nos pondremos al tanto de este negocio.

El inquisidor se llegó al bufete y con mano trémula puso la órden que entregó á don Blasco.

Separáronse aquellos dos hombres hondamente preocupados con aquella trama que comenzaba á envolverlos en unos hilos de acero.

#### IV.

Nuestros lectores querrán saber como la bruja descubrió al estudiante y vamos á satisfacer su justa curiosidad.

La madre Paulina, vió desde la montaña la aprehension de Treviño y siguió sus pasos hasta dejarlo en la puerta de la Inquisición.

—Ya me las pagarás todas juntas, murmuraba la vieja, ahora crugirás en el tormento, como yo he crugido de pesar y de rencor con tu abandono, miserable pirata!

La vieja se ocultó en el barrio de la Palma, precisamente en un lugar cercano á la casa del ciego.

A la mañana siguiente de su arribo á la capital, vió á Pedro el Negro con los caballos, que conocia perfectamente en Valladolid.

Púsose en acecho, y vió á Pedraja quedarse oculto en una de las casas de la plazuela.

Acercóse como hemos visto al rapaz, despues de la venta de los animales, inquirió lo que deseaba y se puso en seguimiento y á gran distancia del negro y el estudiante, lo vió en su coloquio de amores por entre los cañaverales y en seguida se marchó á hacer la denuncia al inquisidor, para presentarse despues en uno de sus disfraces, recoger á la desconsolada jóven y retenerla como prenda de su venganza no saciada aún, al ver á su antiguo amante en las garras formidables del Tribunal de la Fé.

Luego que la madre Paulina salió de la casa de Núñez Clavijero, se situó en una casita desde donde podia percibirse cuanto pasaba en la casa de los negros.

Efectivamente, serian las seis de la tarde cuando se dejaron ver los alguaciles de la Inquisicion por el barrio, precedidos de don Blasco de Guevara, primer empleado y agente del Tribunal.

Pedro el Negro se escurrió entre los cañaverales de la acequia ocultándose como una culebra.

Ya hemos dicho que el estudiante salió en busca de un sitio mas á propósito para ocultarse.

Don Blasco de Guevara se presentó en los umbrales de la casa y dijo:

—En nombre del Santo Oficio, abrid la puerta.

Paróse Melchor trémulo y asustado.

—La Inquisicion! gritó Camila, y el negrito Gaspar de un salto se puso bajo la cama.

—Os requiero en nombre del Santo Oficio á que abrais la puerta, tornó á decir don Blasco.

El ciego se adelantó, pero no pudo atinar con la puerta; entonces Camila haciendo un supremo esfuerzo, tiró de las hojas.

Rosalía no pudo articular una palabra; fria, aterrada, casi sin

sentido, apoyaba su cabeza en la pared y sus párpados estaban cerrados por el pánico.

—Quién es esta mujer? preguntó don Blasco señalando á Rosalía.

Camila no supo qué contestar.

—No óis lo que pregunto?

La jóven se incorporó y dijo con acento apagado:

—Tened compasion de mí!

—Vuestro nombre?

—Rosalía Treviño, murmuró la jóven.

—Ella es, murmuró don Blasco; daos á prision y vos tambien.

—Quién? preguntó el negro.

—Esta mujer.

—No, no puede ser, Camila es mi hija, y yo estoy ciego!---- tened piedad de unos desgraciados!----

—Sí, exclamó Camila arrojándose á los pies de don Blasco, compadeceos de nuestra miseria, nada hemos hecho, nada, somos inocentes.

Don Blasco hizo una seña á los soldados, que se apoderaron de la desgraciada hija del ciego.

—Y vos, señora, venid conmigo.

—Dónde me llevais?

—Ya lo sabreis.

—Pero dónde, dónde está mi hija! gritaba llorando el negro, por qué se la llevan? matadme, matadme por compasion y no me abandoneis!---- ella es mi amparo---- sus hijos---- en nombre de ellos y de su abuelo no consumeis la mas grande de las injusticias.

Don Blasco oia con indiferencia las lamentaciones de Melchor, miéntras los soldados se llevaron á Camila, que daba unos gritos espantosos.

Rosalía siguió maquinalmente á don Blasco, dejando solo al infeliz negro presa de una horrible desesperacion.

Luego que la patrulla se alejó, llevándose á las dos jóvenes, la

madre Paulina se encaminó á la choza creyendo que el familiar Pedraja habia caido en poder del Santo Oficio.

—Ya es tiempo de apoderarme de Rosalía, al fin he logrado mi intento y estoy vengada.

Avanzó la bruja al interior de la casuca, y lo primero que se presentó á su vista, fué el negro arrodillado en la mitad del aposento rasgándose el pecho con las uñas y aullando de furor.

—Infames! gritaba, me arrebatáis á mi hija! que el cielo os confunda!

Quedóse la madre Paulina contemplando tan terrible espectáculo, fijó su mirada en el rostro descompuesto de Gaspar, y mientras mas le veía, una convulsion interior la agitaba profundamente.

—El!---- él!---- exclamaba la bruja; Dios poderoso! y lanzó un alarido terrible.

Volvióse el ciego con violencia hácia el lado de donde venia aquel grito del infierno.

—Quién?----¿quién está aquí?

—Yo, yo por vuestro mal.

—Esa voz----ese acento que no he olvidado un solo instante!

—Sí, el mio, el mio! murmuró la bruja.

—No, no es ilusion, exclamó el negro; es Zaida----Zaida la gitana!

—Sí, Muley, yo soy la gitana!

—El infierno te aroja en mi camino!

—La fatalidad---- siempre la fatalidad!

—Qué quieres de mí?---- ¿no estás satisfecha con la desgracia de todos los míos? ¿no te basta verme ciego y abandonado?... abandonado, Dios mio!

—Calmaos por compasion, vengo á salvaros, á salvar á vuestra hija.

—Sí, yo necesito de todo el mundo; porque no puedo arrancar este velo que tengo delante de mis ojos!----

—Bien, dejaos guiar de mí, os pondré en un lugar donde esteis tranquilo, mientras puedo reuniros con vuestra hija.

—Que sea pronto, yo necesito ver á Camila---- verla!---- no, no puedo; pero la tendré á mi lado, la disputaré á esos malvados.

—Silencio y seguidme.

—Vamos; ¿pero mis hijos?

—Aquí estoy, abuelo, dijo el negrito saliendo de debajo de la cama.

—Ven tú con nosotros. Dime, se han llevado al señor que llegó anoche?

—No, solamente á la señora.

—Maldicion! exclamó la bruja, todo me contraría; pero yo me vengaré del destino! y presentando al ciego su mano trémula por el coraje abandonó la casa donde la Inquisicion acababa de dejar sus huellas.

## V.

El estudiante Antonio Pedraja creyó que tomando una casa de modesta apariencia en el centro de la ciudad, viviria tranquilo mudándose apellido.

El familiar pensaba arreglar su casamiento lo mas pronto posible, para poner término á una situacion tan violenta.

Dirigióse al dueño de una casa situada en la calle de la *Acequia* y arregló el alquiler dando seis meses de adelanto.

El propietario incluyó en el arrendamiento los muebles mas necesarios, y la habitacion quedó arreglada convenientemente.

Desde la salida de Valladolid era el primer momento de alegría y de tranquilidad; al fin iba á ser feliz, la mujer de su amor lo acompañaria en el silencio de su vida, en esa tumba donde enterraba hasta su nombre.

Cuando todo se hubiera calmado, pediría su excusas al obispo y perdon á Treviño, si como creía se libraba de la persecucion en Valladolid.

Ya era entrada la noche cuando el estudiante se dirigió al barrio de la Palma en busca de Rosalía, para conducirla á su nueva habitacion.

En una de las calles encontró un turba de gente que seguia á la gente de la Inquisicion que llevaba á las jóvenes.

—Malo! murmuró el familiar, el Santo Oficio no se descuida por estos barrios; ojalá que alguna vez se acordase de la madre Paulina que nos metió en ese lio, que ha traído estos resultados.... qué gusto me daría verla achicharrarse en la hoguera; ¡maldita vieja!.... en fin, la perdono en gracia de Rosalía; ¡pobrecilla! se va á poner tan contenta que estoy seguro no duerme esta noche. Vamos, que esta mujer se me ha entrado por los ojos, la quiero como á cien mujeres juntas; si me oyera mi novia, me excomulgaba. Es el caso que yo no puedo vivir sin ella, á pesar del enojo de Treviño, ¡pobre suegro mio!

Fray Angel se entró en su casa, le ha caído la lotería, ese fraile es capaz de desollarlo vivo. Bueno es ese hombre para andarse en pelillos, lo menos que le pasa, es que tiene que entregar parte del dote de Rosalía.... no es mal bocado ese dinerillo, el diablo del portugues está podrido en pesos.... se los gastaremos.... A propósito de fondos, no estoy de lo mejor que digamos; pero trabajaré en lo que pueda; además, que á mi regreso á Valladolid me haré rico, riquísimo, mas que este ladron de virey Branciforte, que tiene uñas de buitres; ¡que lindo palacio!.... ese virey me parece un sentenciado, siempre rodeado de tropa y de soldadesca y de aduladores.... ¡quien fuera virey!....

Embebido el estudiante en sus desatinados pensamientos llegó al barrio de la Palma.

Pedraja notó que las mujeres estaban á la puerta de las accesorias, y que en la calle habia corrillos de los valentones.

Al pasar el estudiante junto á uno de los grupos, escuchó estas palabras que lo inquietaron terriblemente:

—¡Pobre señorita!.... era una forastera.... malditos *soplones!* llevársela á la Inquisicion!

El familiar sintió helársele toda la sangre, apresuró el paso y buscó la casa en la oscuridad de la noche.

—Aquí es, dijo, no puedo engañarme.

La puerta estaba abierta y todo envuelto en las tinieblas; arrojóse el estudiante fuera de sí en el aposento, buscó á falta de luz con las manos si alguno estaba en la estancia.

Repasó las paredes, arañó en el piso, recorrió los cuartos de la casa, y cuando se hubo cerciorado que todo estaba desierto, se puso á dar de gritos, á llamar á Rosalía, á llorar como un loco.

Salióse delirante, mezclóse entre los corrillos, preguntó, inquirió, maldijo, blasfemó, nadie quiso darle aviso de lo que pasaba, entónces se echó á andar por las calles sin rumbo, atropellando á cuantos encontraba.

Paróse al fin en la plaza, volvióse hácia todas partes y se encontró perdido sin atinar adonde dirigirse ni que hacer.

Paseábase agitado por el átrio de la Catedral cuando la campana mayor dió la *que*ta de las diez.

Ya no era posible permanecer en la calle, una ronda podia detenerle y descubrirle; el estudiante se olvidó del rumbo de la *Acequia* situado tan cerca de Palacio y se echó á buscarle por el lado opuesto.

Al llegar á la Alameda sintió que una mano robusta lo detenía fuertemente por el brazo.